

despues de una madura reflexion y en la plenitud de nuestro poder apostólico, por nuestras presentes letras, bajo las cláusulas ordinarias y las penas puestas en el Índice de los libros prohibidos, condenamos, reprobamos y prohibimos el susodicho libelo, en cualquier parte y lengua que se haga ó (lo que Dios no quiera) que se tenga que imprimir, cualquiera que sea la edicion ó traducion, como que contienen doctrinas y aserciones:

«Induciendo al escepticismo y á la incredulidad, escandalosas contra las buenas costumbres, impías, relativamente falsas, capciosas, erróneas, próximas á la herejía, injuriosas y calumniosas contra el sagrado misterio eclesiástico, negando los derechos divinos de la Iglesia, subversivas á la fe y á la constitucion de la Iglesia, favorable al protestantismo, cismáticas.»

VIII.—*Enciclica de Nuestro Santo Padre el Papa Pio IX, á todos los patriarcas, primados, arzobispos y obispos. —Enumeracion de los errores inventados contra la revelacion. 9 noviembre 1846.*

«Ninguno de vosotros ignora, venerables Hermanos, que en este deplorable siglo se hace al catolicismo una furiosa y encarnizada guerra por hombres que, unidos entre sí por una criminal sociedad, rechazan las sanas doctrinas, y cerrando sus oidos á la voz de la verdad manifiestan públicamente las más funestas opiniones, y hacen todos los esfuerzos posibles para que cundan por doquiera y puedan alcanzar un verdadero triunfo. No podemos menos de vernos penetrados del más vivo dolor, cuando reflexionamos en los monstruosos errores, en tantos medios, artificios y culpables manejos de que se sirven los enemigos de la verdad y de la luz para sofocar en las almas todo sentimiento de piedad, justicia y honradez, corromper las costumbres, hollar los derechos divinos y humanos, debilitar la religion católica y la sociedad civil, y hasta destruirlas del todo si posible fuese.

«En efecto, todos sabeis, que estos implacables enemi-

gos del nombre cristiano, arrebatados por su ciego é impío furor, han llegado al inaudito grado de audacia, *que abriendo su boca á las blasfemias contra Dios*, no se ruborizan de enseñar públicamente que los augustos misterios de nuestra religion son errores é *invenciones humanas*, que la doctrina de la Iglesia católica es contraria al bien y á los intereses de la sociedad, y por consiguiente no titubean en renegar del mismo Cristo y de Dios. No paran aquí, puesto que, para engañar mejor á los pueblos y arrastrar al error á los espíritus ignorantes é inexpertos, fingen que ellos son los únicos que conocen el camino de la felicidad; se apropian el título de filósofos, como si la filosofía, cuyo carácter tiende siempre al conocimiento de las verdades naturales, debiera desechar lo que el mismo Dios, autor supremo de la naturaleza, se ha dignado, por un insigne favor de su misericordia, revelar á los hombres para conducirlos por el camino de la felicidad y de la salvacion.

«Violando de esta manera todas las reglas de la razon, no cesan de apelar al poder, á la superioridad de la *razon humana*, á la que elevan contra la *santa fe de Cristo*, y se atreven á pretender que ésta se opone á la razon humana. Ciertamente no se podria imaginar nada más insensato, impío y contrario á *la misma razon*; porque, aun cuando la fe esté *sobre la razon*, no puede existir entre ellas oposicion ni contradiccion real, puesto que las dos vienen de Dios, origen único é inmutable de la eterna verdad. Una y otra se ayudan mutuamente: la *recta razon* demuestra, protege y defiende la verdad de la Fe, y la Fe, evitando á la razon toda clase de errores, la ilustra y afirma con el *conocimiento de las cosas divinas*.

«Con igual perfidia, venerables Hermanos, los enemigos de la *revelacion divina*, alabando continuamente el *progreso humano*, quisieran por un temerario y sacrilego atentado introducirlo en la religion católica, dando á entender con esto que la religion no es obra de Dios, sino de los hombres, á una *invencion filosófica* susceptible de los per-

feccionamientos humanos. Los autores de semejantes delirios merecen el reproche que dirigia Tertuliano á los filósofos de su tiempo, los que querian dar al mundo un *cristianismo estóico, platónico y dialéctico*. Siendo cierto que nuestra santa Religion no es invencion humana, sino obra de Dios, quien por su infinita clemencia la ha dado á conocer á los hombres, muy fácil será el comprender que toma su fuerza de la misma autoridad de Dios que la ha *revelado*, y que por consiguiente no puede ser disminuida ni perfeccionada por la *razon del hombre*. Es cierto que, para no engañarse en los negocios de importancia, la razon humana debe examinar con cuidado el *hecho de la revelacion divina*, para que pueda asegurarse de que Dios ha hablado y que *es razonable* su sumision á la divina palabra, como nos lo enseña el Apóstol con gran sabiduría. En efecto, ¿quién ignora, ó puede ignorar, que la palabra de Dios merece entera fe, y que no hay nada más conforme á la razon que adquirir esta inquebrantable sumision á las revelaciones de un Dios, que no puede engañar ni ser engañado?

«¡Cuan numerosas, admirables y deslumbradoras son las pruebas que deben convencer á la *razon humana* de que la religion de Cristo es divina, y de que *todas nuestras creencias tienen su primera raiz en el Señor de los cielos*, de modo que no hay nada tan cierto como nuestra fe, nada tan digno de nuestra confianza, tan santo, y que descansa sobre principios tan sólidos! En efecto, allí se encuentra la fe, verdadera maestra de la vida, guia segura en los caminos de salvacion, la que triunfa de todos los vicios, madre fecunda de virtudes, confirmada con el nacimiento, vida, muerte, resurreccion, sabiduría, prodigios y predicciones de su divino autor y consumador, Jesucristo; ella es la que brilla en todas partes con la luz de una doctrina superior, enriquecida con los tesoros de las celestiales riquezas, ilustrada con los oráculos de tantos profetas, con el esplendor de tantos milagros, con la constancia de tantos mártires y la gloria de tan gran número de san-

tos; la que lleva por doquiera las saludables leyes de Cristo, y la que adquiriendo nuevas fuerzas con las más crueles persecuciones, se ha derramado por todo el universo, desde el levante hasta el poniente, con el solo estandarte de la cruz; y en fin ella es la que, hollando los ídolos, disipando las tinieblas del error y triunfando de toda clase de enemigos, ha alumbrado con las luces del conocimiento divino á los pueblos todos comprendiendo las más bárbaras naciones y á las que, aunque muy diversas entre sí por la diferencia de carácter, costumbres y leyes, ha sometido al dulce yugo de Cristo, dando á todas la paz y colmándolas de bienes. De tal modo llevan impresos en sí todos estos acontecimientos la sabiduría y el poder divinos, que no hay quien pueda dejar de comprender que la Fe es obra de Dios, y por consiguiente debiendo convencerse la *razon humana*, por medio de tan evidentes pruebas, de que Dios es el *autor de la Fe*, debe reconocer que no tiene que remontarse más alto, sino que, despreciando las dificultades y rechazando hasta la menor duda, es preciso que se someta á la Fe, convencida de que nada propone á la creencia y á la práctica de los hombres sin haberlo antes recibido de Dios.

«Con esto se ve en qué grande error incurren los que abusando de la *razon* y tratando como obra de los hombres los divinos oráculos, se atreven á explicarlos á su gusto é interpretarlos temerariamente, á pesar de que el mismo Dios haya establecido una *autoridad viva* para enseñar y mantener el verdadero y legítimo sentido de su *celeste* revelacion, y terminar con un juicio *infalible* todas las controversias en materia de fe y costumbres, con el fin de que los fieles no sigan todo viento de doctrinas, cogidos en los lazos que continuamente les tiende la perversidad de los hombres. Mas entiendan todos que esta autoridad viva é infalible sólo existe en la Iglesia que Jesucristo ha edificado sobre Pedro, jefe, príncipe y pastor de la Iglesia y al que ha prometido siempre una fe infalible, y que esta Iglesia es la que desde Pedro ha visto sucederse sin

interrupcion unos á otros los Pontífices legítimos, como herederos y defensores de su doctrina, dignidad, honor y poder. «Y como allí donde está Pedro está la Iglesia, y «como cuando habla el Pontífice romano, habla Pedro que «vive en sus sucesores, juzga por ellos y ofrece la verdad «de la fe á los que la buscan, de ahí proviene la necesidad «de entender los divinos oráculos en el sentido que haya «retenido y retiene la cátedra romana del bienaventurado «Pedro, cuya cátedra, madre y maestra de todas las Igle- «sias, ha conservado pura é inviolable la fe recibida de «Cristo y la ha enseñado á los fieles, ofreciendo á todos el «camino de salvacion y la enseñanza de una verdad exen- «ta de corrupcion. Allí es donde está la Iglesia principal «de donde sale la unidad del sacerdocio, donde existe la «metrópoli de la piedad, en la cual se halla la entera y per- «fecta solidez de la religion cristiana, única que ha mante- «nido en su fuerza la primacia de la cátedra apostólica, y «á la que debe acudir en virtud de su preeminencia toda «la Iglesia, es decir, todos los fieles en cualquier parte «que estén, siendo convencido de que trata de destruirlo «el que rehuse acogerse á ella.» (S. Cipriano, *Epist. LV ad Cornel. Pontif.*).

«Nos, que hemos sido colocados en esta cátedra de ver- dad por un impenetrable designio de Dios, instamos viva- mente á vuestra piedad, venerables Hermanos, para que trabajéis con todo vuestro celo en prevenir y exhortar á los fieles confiados á vuestro cuidado, para que firmes en estos principios, no se dejen engañar ni arrastrar al error por estos hombres que, entregados á detestables pasiones, y só pretexto de favorecer el *progreso humano*, hacen todos los esfuerzos posibles para destruir la fe y someter por una perversion impía á ella y á la *palabra divina* al dominio de la *razon*, no temiendo ultrajar con esta conducta al Dios que por su bondad se ha dignado abrir á los hombres el camino de la salvacion y felicidad, por medio de su ce- lestial religion.

«Ya conoceis, venerables Hermanos, de cuán monstruo-

sos errores y de cuántas astucias se valen los hijos de este siglo para hacer una terrible guerra á la religion católica, á la divina autoridad de la Iglesia y á sus leyes, esforzán- dose en hollar los derechos de todo poder tanto civil como eclesiástico. Tal es el fin de las culpables maniobras que se hacen contra esta cátedra romana del glorioso Pedro, sobre la cual estableció Cristo el fundamento inexpugna- ble de su Iglesia. Tal es el fin de estas sociedades secre- tas, salidas del seno de las tinieblas para ruina de la Igle- sia y de los Estados, sectas anatematizadas ya varias ve- ces por los Pontífices romanos nuestros predecesores, en sus cartas apostólicas dadas con toda la plenitud de su poder, y las cuales confirmamos, queriendo que todas sean observadas con gran cuidado. Tal es tambien el fin de estas insidiosas *sociedades bíblicas*, que renovando el antiguo artificio de los herejes, no cesan de difundir un gran número de ejemplares de los libros de la divina Es- critura traducidos en todas las lenguas vulgares, contra las santas reglas de la Iglesia, y muy á menudo explica- dos en un sentido perverso. Estos libros son ofrecidos gratuitamente á toda clase de personas, incluyendo las más ignorantes, para que, desechando la divina tradicion, la doctrina de los Padres y la autoridad de la Iglesia cató- lica, entiendan *segun su espíritu privado* los oráculos di- vinos, cambien su sentido y caigan así en los mayores errores. Gregorio XVI, de feliz memoria, á quien indigna- mente hemos sucedido, siguiendo en esto el ejemplo de sus predecesores, reprobó estas sociedades con sus *apos- tólicas letras*, y Nos queremos que igualmente sean con- denadas.

«Tal es el fin de este espantoso sistema de indiferencia para todo lo religioso, sistema absolutamente opuesto á las luces de la misma razon, y por cuyo medio, haciendo desaparecer los apóstoles del error toda diferencia entre la virtud y el vicio, entre la honradez y la inmoralidad, pretenden que los hombres pueden obtener su eterna sal- vacion en cualquier religion, como si pudiera existir

acuerdo entre la justicia y la iniquidad, entre la luz y las tinieblas, entre Cristo y Belial.

«Tal es el fin de esta infame conjuración contra el celibato del clero, que por desgracia encuentra apoyo en algunos de los mismos eclesiásticos, que olvidando miserablemente su propia dignidad ceden á sus voluptuosos atractivos.

«Tal es el fin de esta perversa manera de enseñar sobre todo las ciencias filosóficas, con cuya enseñanza engañan deplorablemente á una juventud inexperta, la corrompen y derraman amarga hiel en la copa de Babilonia.

«Tal es el fin de la execrable doctrina del comunismo, doctrina del todo contrario al mismo derecho natural, y que no puede establecerse, sin destruir por completo los derechos, propiedades é intereses de la sociedad humana.

«Tal es el fin de los manejos profundamente tenebrosos de los que, ocultando la rapacidad del lobo bajo la piel de la oveja, se insinúan diestramente en los espíritus, los seducen con las apariencias de una piedad más elevada, ó de una virtud más severa, los encadenan suavemente, los matan en la sombra, apartan á los hombres de las prácticas religiosas y destrozan las ovejas del Señor.

«En una palabra, tal es también el fin que se propone esta horrible peste de libros y libelos que cunden por doquiera para enseñar el mal, libros hábilmente escritos, llenos de falsedad y artificio, y que, esparcidos por todas partes, á costa de grandes gastos, para arruinar al pueblo cristiano, diseminan doctrinas emponzoñadas, perverten los espíritus y los corazones sobre todo de los ignorantes y causan á la religión un mal inmenso.

«En medio de este diluvio general de errores y de esta desenfrenada licencia en los pensamientos, discursos y escritos, se pierden las costumbres, la santa religión de Cristo es despreciada, desconocida la majestad del culto divino, el poder de la Sede apostólica vivamente combatido, atacada la autoridad de la Iglesia y reducida á ver-

gonzosa esclavitud, los derechos de los Obispos son pisoteados, violada la santidad del matrimonio y destruidos todos los poderes: estos y tantos otros males que pesan sobre la sociedad tanto cristiana como civil, nos obligan, venerables Hermanos, á confundir nuestras lágrimas con las vuestras...»

IX.—Breve de S. S. Pío IX dirigido á Monseñor el Arzobispo de Colonia, condenando de nuevo el *Hermesianismo*, y recomendando que vaya con cuidado para que no se deslicen los errores filosóficos en los cursos de teología. 25 julio 1847.

«Con gran sorpresa hemos sabido, venerable Hermano, que hay en vuestras comarcas algunos partidarios de la doctrina de Hermes, los cuales, abusando indignamente de la carta encíclica que Nos dirigimos á todos nuestros Hermanos, con fecha del 9 noviembre del año anterior, y desnaturalizando con temeridad el sentido de nuestras palabras concernientes á la razón humana y á la revelación divina, ha llegado su imprudencia al punto de pretender que la doctrina de Hermes fué sancionada y aprobada por Nos, y no titubean en publicar en sus escritos y esparcir entre el pueblo este monstruoso invento de su imaginación, con el fin de engañar más fácilmente á las personas imprudentes é inexpertas. En vista de esto, fuertemente preocupados por la salvación de los fieles y animados del deseo de reprimir la fraudulenta conducta y los considerables esfuerzos de los partidarios de Hermes, Nos os dirigimos, venerable Hermano, la presente carta, por cuyo medio no tan sólo confirmamos todos los actos cumplidos con prudencia y sabiduría por nuestro predecesor Gregorio XVI, de feliz memoria, contra los libros de Hermes, y en particular su carta apostólica dada el 25 setiembre de 1835, bajo el anillo del Pescador y empezando por estas palabras: *Dum acerbissimus*, como también el decreto explicativo que por su orden publicó la congregación del Índice el 7 de enero de 1836, sino que de nuevo desecha-

mos y condenamos en virtud de nuestro poder apostólico las *obras de Hermes* ya indicadas, por todas partes y en cualquier idioma y edicion en que se publiquen.

«Nos os encargamos que publiqueis esta carta, para que todos la conozcan, y eviten cuidadosamente los lazos de los partidarios de Hermes. Apelamos, venerable Hermano, segun es el deber de nuestro soberano apostolado, á vuestra fidelidad y vigilancia ya probada, y os exhortamos á que insteis con todos vuestros esfuerzos y con la más viva solicitud á los profesores, sobre todo á los de las ciencias superiores, para que enseñen una doctrina sana y pura, exenta no tan sólo de los errores de Hermes, sino tambien de los peligros de cualquier otra opinion errónea, y que combatan con ardiente celo los errores que se levantan en nuestros días, los cuales mucho nos tememos que, emanando de los principios de una falsa filosofía, podrian deslizarse furtivamente en los cursos de teología. Entre tanto no dejaremos de rogar ardientemente y con toda la humildad de nuestro corazon al Padre de las luces y de la misericordia, para que alumbre con su gracia divina á los que viven en la ignorancia y en el error, y los conduzca de nuevo al camino de salvacion.

«Persuadidos, venerable Hermano, que corresponderéis por completo á nuestra solicitud, aprovechamos con placer esta ocasion para demostraros y confirmaros una vez más en el particular afecto que os profesamos; y queremos que la prueba de éste sea la bendicion apostólica, que con el más entrañable amor y del fondo de nuestro corazon os damos á Vos y á todos los fieles tanto eclesiásticos como seglares, deseándoos toda suerte de prosperidades.»

X.—*Encíclica dirigida á todos los Cardenales, Arzobispos y Obispos de Francia, por nuestro Santo Padre el Papa Pio IX.* 21 marzo 1853.

«En medio de las multiplicadas angustias que por todás

partes nos cercan en el cuidado de la Iglesia que Dios nos ha confiado, á pesar de nuestra indignidad por un impene-trable designio de la Providencia, y en un tiempo tan terrible, en que es tan grande el número de aquellos de quien dijo el Apóstol: «Que no soportan las doctrinas sanas, sino «que ellos mismos se buscan una gran multitud de maes-tros segun su deseo, y que cerrando sus oídos á la ver-dad, los abren por su propia desgracia á los seductores, «cayendo de este modo en el error y haciendo caer en él á «los otros.»

«Sentimos una grande alegría al dirigir nuestras miradas y nuestro espíritu hácia la nacion francesa, ilustre por tantos títulos y los que ha merecido gloriosamente de Nos. Y con un soberano consuelo para nuestro corazon paternal vemos crecer de día en día en ella la religion católica, florecer y dominar, y con qué celo os esforzais en cumplir vuestro ministerio y en velar por la seguridad y salvacion del rebaño que se os ha confiado á vosotros, queridos hijos y venerables Hermanos, que habeis sido elegidos para compartir con Nos la solicitud pastoral. Este dulce consuelo ha aumentado considerablemente por las respetuosas cartas que nos habeis escrito, y las cuales nos dan á conocer con qué filial piedad, con qué amor y ardor os gloriais de permanecer adictos á Nos y á esta Cátedra de Pedro, centro de la verdad católica y de la unidad, cabeza, madre y maestra de todas las Iglesias, á la cual se debe honor y obediencia, á la que, en virtud de primacía, deben estar unidas todas las Iglesias, es decir, todos los fieles que están en los diferentes puntos del globo.

«No es tampoco menor la satisfaccion que tenemos, al ver que, recordando sin cesar vuestras graves funciones episcopales y vuestros deberes, desplegais un gran celo pastoral y una suma vigilancia, á fin de que los sacerdotes de vuestras diócesis, caminando cada día más dignamente por las vías de su vocacion, den al pueblo el ejemplo de todas las virtudes, y cumplan exactamente el